

# El Valor de Educar

por **José Antonio Marina**

*Conferencia pronunciada  
el 10 de junio de 2009*

Forum Deusto



## El Valor de Educar

José Antonio Marina

Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Politécnica de Valencia

Hablar de educación siempre es un placer, un placer práctico podía decir. Creo que cuando se habla de educación estamos hablando no de teoría sino de práctica, y siempre he pensado que la inteligencia práctica es superior a la inteligencia teórica. Vivimos en una tradición, que es la tradición griega, que es muy brillante, pero que nos ha metido en varios callejones sin salida y uno de ellos es el pensar que la función principal de la inteligencia es conocer y que entonces su culminación es la ciencia.

¿Por qué eso no es verdad? Porque la inteligencia tiene como función principal resolver problemas, y cuanto más complejos, profundos, urgentes, dramáticos sean los problemas mayor inversión de inteligencia, mayor demostración de inteligencia tendremos que hacer. Y los problemas prácticos son mucho más trascendentales que los problemas teóricos. Un problema teórico se resuelve cuando conozco la solución. Un problema práctico no se resuelve cuando conozco la solución sino cuando la pongo en práctica, que suele ser lo complicado, porque entonces se concitan en contra el coeficiente de adversidad de la realidad, nuestros deseos, nuestros conflictos, nuestros intereses, nuestros cansancios, nuestros miedos... Poner en práctica la pureza de la teoría en este conjunto abigarrado y tremendo, que es la vida práctica, exige una categoría especial de inteligencia, que debe tenerla mucha gente pero desde luego tienen que tenerla los docentes.

El educador es un caso de racionalidad práctica, como es el clínico, por otra parte, que a mí me parece que es una de las culminaciones de la inteligencia, y que por eso tiene que tener un conocimiento tan variado, tan rico, tan teórico y tan práctico que constituye una de las profesiones más nobles, más difíciles y más grandes de todas las que puede haber. Y además tiene que tener una característica: uno de sus

rasgos profesionales debe ser el optimismo. Yo me declaro optimista. Ya sé que están las cosas muy mal, pero hay dos situaciones en la vida en que el optimismo es absolutamente imprescindible: ser padre y ser docente. Quien no tenga esta especie de optimismo de que se pueden mejorar las cosas, pues no se puede dedicar a enseñar.

Yo sí creo que se pueden mejorar las cosas y que tenemos muchísimos recursos educativos para ello. Esa especie de discurso del déficit y del fracaso, y del desánimo que se nos ha metido en el mundo educativo acabará por convertirse en la profecía que se cumple por el hecho de enunciarse, y acabará no sirviendo para nada la educación. Pero la educación sí puede ser un poder conformador de la sociedad. Cómo vamos a decir que un sistema educativo que tiene el 5% del Producto Interior Bruto, donde en este momento pasan siete millones de chicos que tenemos en las aulas, y donde tenemos cerca de setecientos mil profesores, cómo vamos a decir que eso no puede configurar un modo de vivir, un modo de convivir, un modo de pensar... Será que a lo mejor no lo estamos haciendo bien. Y llegados a este punto, me gustaría contarles mi experiencia.

Me considero privilegiado por una experiencia pedagógica. La experiencia pedagógica de haber diseñado un modelo educativo que empieza con el nacimiento y termina a los 16 años, y además haberlo diseñado para ponerlo en práctica. No para ponerlo en práctica en una primera etapa en la escuela, sino para ponerlo en práctica a través de los padres. ([www.universidaddepadres.es](http://www.universidaddepadres.es))

Creo que esto es lo que tenemos que hacer en la educación. Voy a intentar secuenciarlo didácticamente, y además lo voy a poner para que puedan ser los padres quienes puedan llevarlo a la práctica.

¿En qué consiste? Consiste en una idea muy sencilla. El equipo que trabaja conmigo hemos hecho una revisión de toda la literatura, sí, de los *hand books*, porque son ya, digamos, la sabiduría que ha quedado casi consagrada académicamente. Lo que hace doctrina, como diría un jurista. Los *hand books* de Psicología Evolutiva y de Psicología de la Educación que se han publicado en los últimos 15-18 años, cuando se comparan con los anteriores hay una diferencia radical. La etapa anterior fue una etapa muy brillante, encabezada fundamentalmente por Jean Piaget, que sólo le interesaba la evolución cognitiva del niño. Estaba, digamos, en la tradición griega. Bueno, lo importante es que el niño desarrolle su capacidad de razonamiento, su capacidad de pensar. Los que se están escribiendo en los últimos 15 años enfocan el asunto de otra manera.

- Primer tema: Cómo el niño se implanta emocionalmente en la realidad.
- Segundo: Cómo aprende a regular sus propias emociones.
- Tercero: Cómo aprende a controlar su conducta, incluida su conducta racional.
- Cuarto: Cómo asimila los valores de la sociedad y cómo se integra en una sociedad.
- Quinto: Que todo esto se hace dentro de un contexto.

La idea de contexto tiene mucha importancia en la educación porque tiene mucha trascendencia en cualquier teoría elaborada de la inteligencia, porque sí es cierto que la inteligencia es una facultad individual. Cada uno de nosotros tenemos nuestra propia inteligencia —que, en teoría, mide los test de inteligencia—, pero, sin embargo, esa inteligencia individual se desarrolla siempre en un entorno social que la favorece o la bloquea, de manera que hay entornos sociales que estimulan la inteligencia y son, por tanto, entornos inteligentes; y hay entornos sociales que bloquean, disminuyen o deterioran la inteligencia y, por lo tanto, son entornos muy poco inteligentes. Y a nosotros nos interesa vivir en entornos inteligentes. ¿Por qué? Porque de ahí va a aparecer un fenómeno emergente de inteligencia que nos va a permitir estar en mejores condiciones para enfrentarnos con los problemas.

Comencé a estudiar este asunto de la inteligencia compartida porque me interesaban dos problemas específicos:

- Uno, la inteligencia de las parejas. Porque me parece que uno de los problemas más graves en el ámbito privado que nos ha dejado el siglo xx es que las parejas no se entiendan. Que las parejas no se entiendan no solamente produce muchísima desdicha, sino que produce olas expansivas de perturbaciones sociales, como vemos muy bien en la escuela. De manera que es un objetivo de interés social prioritario a ver conseguíamos que las parejas funcionen bien.
- Dos, que funcionaran bien los centros educativos. Que los centros educativos fueran entornos inteligentes, que fueran instituciones que aprendan rápido. Una institución inteligente se podría definir como aquella donde un grupo de personas, que a lo mejor no son extraordinarias, por el hecho de estar colaborando de una manera determinada producen resultados extraordinarios. Y ese plus deriva de la interacción, lo mismo que deriva de la interacción cuando una pareja funciona bien.

Por desgracia, esas investigaciones no tuvieron mucha resonancia ni en el ámbito de la familia ni en el ámbito educativo. Pero interesó muchísimo al ámbito de la empresa, porque la empresa sí está muy interesada en ver cómo se configura una organización inteligente capaz de aprovechar el talento de todo el mundo que está dentro de la empresa y resolver muy bien los problemas y con mucha rapidez. Pero lo que hay en el fondo es que necesitamos cuidar mucho los contextos. Cuando fundé Movilización Educativa en la Sociedad era aplicar esto a la sociedad. Necesitamos sociedades inteligentes para que nuestros niños estén bien educados.

La Movilización Educativa tiene dos lemas. El primero es lo más sabio que yo he oído en educación, es un proverbio africano: «*Para educar a un niño hace falta la tribu entera*». Y el segundo es un corolario de esto «*Para educar bien a un niño hace falta una buena tribu*». Y entonces lo que estamos intentando es ver cómo podemos conseguir una buena tribu para que nuestros hijos estén bien educados.

Claro, el hecho de que esté cambiando el enfoque de la educación, en la teoría, nos obliga a cambiarla en la práctica. El modelo educativo que yo creo que debemos buscar tiene dos elementos: Uno es la instrucción, los niños tienen que aprender cosas, y otro es la formación del carácter.

¿Qué es esto de la formación del carácter? Lo que nos interesa conseguir mediante la educación es un tipo de personalidades que sean libres, que sean competentes, que sean moralmente buenas, que sepan vincularse de una manera creadora unos con otros, que sepan colaborar a un proyecto ético de la Humanidad, que estén en condiciones o en buenas condiciones para ser felices, o por lo menos que no tengan obstáculos grandes y sobre todo no inducidos por la educación... Bueno, queremos un tipo de personalidad. El concepto de personalidad me interesa mucho porque creo que hay que analizarle en tres niveles.

Hay una personalidad recibida que es con la que nacemos. Es hereditaria, es innata y tiene tres aspectos muy importantes para la educación: uno, si es niño o niña, otro es el tipo de inteligencia con el que se nace, y en tercer lugar el temperamento, que es una pauta estable de responder afectivamente a los estímulos. Y hay niños inhibidos y niños valientes, hay niños fáciles y hay niños difíciles, hay niños introvertidos y niños extrovertidos. Y tenemos que partir de ahí: los niños no nacen iguales y el primer paso de la educación tiene que ser a ver cómo conseguimos que estas características con las que nace, que en algunos casos no son muy buenas, ver cómo conseguimos limitar el efecto de

la casualidad. Lo que estamos intentando siempre cuando estamos diseñando una sociedad justa es limitar el efecto de la casualidad, de la casualidad del nacimiento, de la casualidad de la salud, de la casualidad del entorno social; queremos librarnos de ellos. Y claro, el temperamento es una casualidad y lo que debemos hacer en la educación es ver cómo podemos aprovechar las características que tiene el niño para ajustarlas bien a la realidad. Ése es el primer nivel de la personalidad.

Sobre esto viene la segunda personalidad, que es la personalidad aprendida. Éste es el centro de la educación. La personalidad aprendida es aquel conjunto de hábitos aprendidos, muy firmes. Cuando se hablaba de carácter era como la huella que dejaba un sello, eran hábitos operativos o intelectuales muy firmes, que tardan en adquirirse y tardan después mucho en cambiarse, y que configuran lo que va a ser el modo estable de reaccionar, de comportarse, de interpretar todos los elementos de una vida.

Pero hay todavía una tercera parte, un tercer nivel de la personalidad, es lo que una persona a partir de ese carácter elige. Es la personalidad elegida, es su proyecto de vida, es la jerarquía de valores a la cual va a ajustar su comportamiento.

Por poneros un ejemplo, yo creo que el carácter de Napoleón y el carácter de San Ignacio de Loyola eran muy parecidos. Eran personas muy valiosas, muy mandonas, muy activas. Su personalidad elegida fue distinta; el esquema de valores, el proyecto vital fue diferente. La educación se centra en la formación del carácter, es decir, en cómo podemos hacer que el niño a partir de lo que tiene, que es su matriz personal, vaya adquiriendo una serie de hábitos, que tienen que ser intelectuales, afectivos y morales, que le pongan en buena forma para que cuando abandona la etapa de construcción, que casi coincide con la etapa educativa hasta los 16, 17, 18 años, esté en buenas condiciones para elegir su vida, para elegir su personalidad, para enfrentarse con los problemas, para saber resolver conflictos.

En la educación tendremos que decidir qué es lo que tiene que aprender, la instrucción, que eso es bastante fácil. Lo importante es cómo adquiere esos grandes recursos que le van a permitir salir adelante con soltura. Por ejemplo, los recursos afectivos: ¿Qué es mejor, que el niño, que el adolescente y que el adulto sea valiente o cobarde? Hombre, que sea valiente. Y eso, bueno, que ahora sabemos que sí es cierto que los niños nacen —he dedicado todo un libro a este asunto porque me parece que el miedo es uno de los sentimientos que nos amargan y nos complican más la vida, y nos imposibilitan más—, sí es

cierto que hay niños que nacen más vulnerables al miedo y que, por lo tanto, tenemos que educarle durante un periodo de 2-3 años para fortalecerle de alguna manera. Pero, a partir de ahí, sabemos que casi todos los miedos se aprenden y que, por lo tanto, una parte importante de la educación es aprender una cierta resolución, porque está incluido dentro de la estructura básica de nuestra personalidad.

Gracián, dijo en una ocasión: «*De nada vale que el entendimiento se adelante si el corazón se queda*». Naturalmente, si estamos pensando que la educación es solamente el desarrollo de la inteligencia no estamos preparando a nuestros chicos. ¿Por qué? Porque a lo mejor el corazón se les queda. Entonces, habrá que educar de alguna forma al corazón. Y cuando estamos hablando del corazón lo que estamos hablando es de un tipo de estilo afectivo, del modo de interpretar las cosas, del modo de responder a las cosas, que le ponga en contacto con los buenos valores.

Cuando estamos hablando de valores casi siempre olvidamos que los valores no pertenecen al campo del conocimiento, pertenecen al campo de la evaluación, y que si no tuviéramos sentimientos no habría valores. Otra cosa es que se tengan que fundar sólo en los sentimientos. No, no, tienen que ir más allá de los sentimientos, tienen que dirigir los sentimientos. Y la educación precisamente en este aspecto dice vamos a ver cómo conseguimos que todo el aparato sentimental y emocional del niño o de la niña sintonice bien con los valores que nos parece que es importante que después vayan a poner en práctica. Claro, estamos tocando aquí temas realmente muy importantes, y les voy a poner un ejemplo para no irnos por las ramas.

Una de las funciones esenciales de la educación es que los niños deben aprender a ser libres. Igual que fue la filoxera para el conejo ha sido la permisividad para la escuela, que nos la ha contaminado. Sin embargo, la escuela permisiva, que era la escuela que tenía como valores fundamentales los derechos y la libertad, tenía muy buenas razones para defenderse, precisamente porque se fundaban en la defensa de los derechos y la libertad. Lo que pasa es que tenía un proyecto educativo equivocado, porque daba por sentado que los seres humanos nacían libres, y eso a las claras está que no.

Las propuestas de «todos los seres humanos nacen libres» es una ficción jurídica, absolutamente irreal, que solamente nos dice que no se le puede esclavizar, pero la libertad como capacidad de determinar el propio comportamiento es una cosa que los niños tienen que aprender. Y, muy al contrario de lo que decía Kant, la libertad se

aprende obedeciendo primero. Y el niño aprende a ser libre, primero obedeciendo a otros y después, a partir de los cinco años, obedeciéndose a sí mismo, que esa es digamos la autonomía. Pero ahora sabemos, por ejemplo, cómo debe aprender eso. Cuando estamos hablando de aprender la libertad lo que estamos diciendo es que el niño tiene, durante un período de su vida, que construir el sistema de su voluntad. ¿Por qué? Porque tampoco nacemos con voluntad, nacemos con caprichos y con deseos, y una de las cosas que aprende el niño es que puede introducir dos formas de determinar su comportamiento, o bien por lo que deseo o bien por lo que pienso, o bien por los valores que siento o bien por los valores que no siento, pero pienso que son buenos. Y si no enseñamos a los niños que hay muchas veces en que tenemos que hacer cosas que no nos gustan, si estamos diciendo, porque se nos ha metido una mala teoría de la motivación en la escuela, que si no estoy motivado, es decir, que si no tengo ganas de hacer una cosa no voy a hacerla, estamos clarísimamente limitando la libertad de nuestros alumnos, les estamos diciendo que no se pueden hacer las cosas si no se desea hacerlas. Y eso no es cierto. El que se haya perdido, por ejemplo, dentro de todo el Sistema Educativo el concepto de «deber» como estructurador de la personalidad... Si no es un concepto moral, es un concepto estructurador de la personalidad: yo puedo dirigir mi comportamiento por dos sistemas, el sistema de los deseos y el sistema de los deberes, y precisamente porque tengo esa alternativa, es por lo que soy libre. Si quito uno de ellos, por ejemplo el sistema del deber, estoy a merced de los deseos, que es, en último término, una casualidad que no domino.: lo deseo o no lo deseo.

Les voy a poner un ejemplo de hasta qué punto se nos ha metido esto en la vida de todos los días. Si ustedes leen en un periódico por ejemplo, «el Real Madrid lleva perdidos... —un caso hipotético— siete partidos porque sus jugadores no están motivados, entonces ha venido un psicólogo a ver si los pone en función». ¡Qué pena! Claro, son unos mecanismos tan finos que, los pobres, si no están motivados ¿cómo van a jugar? Bueno, pero imaginen ustedes que eso lo llevan al aspecto más cercano, que un día se les estropea un grifo, llaman a un fontanero, el fontanero les hace una chapuza y cuando ustedes van a protestar el fontanero les dice:

— *Pero, mire usted, si es que yo esa tarde no estaba motivado para esto del grifo y, claro, ¿cómo puede usted pensar que se lo iba a hacer bien?*

- *Usted lo que es... es un caradura. ¡Esté motivado o no esté motivado, usted debe hacer bien su trabajo!*
- *¿Por qué?*
- *Porque es su obligación.*

Entonces, ¿qué ocurre? Que cuando vemos así las cosas el niño tiene que aprender los mecanismos de su voluntad, y esos los tiene que aprender en un orden determinado, en unas etapas determinadas, y si no los aprende empieza a tener problemas.

La voluntad, en este sentido, lo digo un poco para que vean el grado de minuciosidad en que creo que este proyecto educativo se puede hacer, la voluntad consiste en el aprendizaje de cuatro destrezas y estas cuatro destrezas el niño las aprende en distintos momentos de su evolución.

La primera destreza es que el niño debe saber inhibir el impulso. En este momento eso se está aprendiendo mal y están aumentando de una manera muy preocupante el número de niños y niñas impulsivos, y que por lo tanto pasan del deseo a la acción sin ningún tipo de mediación. En los últimos congresos en que yo he ido se está hablando de que hay alrededor de un 10% ó 12% de niños hiperactivos, es decir, de niños que no controlan bien su comportamiento. En gran parte no son casos patológicos, son casos de niños que no han aprendido esta primera función de la voluntad, que es aprender a controlar el estímulo.

Y ¿para qué hay que aprender a controlar el impulso si a lo mejor el impulso es bueno? Pues, para tener ocasión de saber si el impulso es bueno o no es bueno, es decir, para deliberar. Y, entonces, deliberar es otra destreza que el niño tiene que aprender. Fíjense ustedes, tenemos niños agresivos en los colegios y la agresividad puede venir de dos caminos:

- Uno, de la impulsividad. Son niños que en cuanto les molesta algo atacan.
- Dos, puede venir de la incapacidad de deliberar y buscar alternativas. El niño se vuelve agresivo porque no sabe otra manera de resolver su problema.

En cuanto los cogemos y decimos:» Mira, en este caso hay estas alternativas»... En el momento que se le dan distintas posibilidades de actuar, el niño puede elegir. Si no, va a elegir la que tiene, que va a ser posiblemente siempre la más violenta y la más elemental.

Ya tenemos ahí dos destrezas. Tenemos una tercera: ya he detenido el impulso, ya he deliberado, ahora tengo que decidir. Decidir es muy difícil. Hay muchas personas clarísimamente irresolutas, clarísimamente dubitativas, que no saben tomar decisiones. El niño tiene que aprender a tomar decisiones, y además tiene que aprender a tomar decisiones en la práctica. No es hacer una especie como de protocolo... Tiene que aprender en la práctica, y sabemos, por ejemplo, que el miedo es uno de los grandes obstáculos para tomar decisiones. Tendremos que educarle de alguna forma en la valentía, tenemos que quitarles miedos ficticios, quitarles miedos que no están justificados.

¿Y ya lo tenemos todo? No. Falta una cuarta destreza. Ya hemos tomado la decisión, ahora hay que ponerla en práctica y para ponerla en práctica hace falta ser capaz de soportar el esfuerzo. Soportar el esfuerzo es un aprendizaje.

Una de las cosas que al estudiar el mundo de los sentimientos en distintas culturas me llamó más la atención es que, por procedimientos que no quedan claros, cada cultura en cada momento determina cuál es el nivel de la molestia soportable, y ese nivel puede oscilar mucho. Ha habido momentos en que el nivel estaba muy alto y, entonces, ¿hasta qué era insoportable una molestia? Pues, no sé, era verdaderamente ya muy dura. Supongo yo que eso debía ocurrir cuando no había anestesia. Es decir, ahora ver cómo se hacían las operaciones sin anestesia es una cosa que pone los pelos de punta.

En este momento hemos disminuido mucho el nivel de la molestia que se considera aceptable y cualquier molestia inmediatamente empieza a ser insoportable, y es entonces cuando acudimos a muchos procedimientos, desde los analgésicos hasta los sedantes, hasta las terapias, hasta... ¿Por qué? Porque es que el umbral está muy bajo. ¿Por qué procedimientos se produce? No tengo ni idea. Yo solamente conozco un estudio que se hizo en Europa, pero hace ya por lo menos 30 años, donde el nivel más alto lo tenían las mujeres irlandesas, eran las que aguantaban con naturalidad mayor dolor y mayores molestias. No sé si era fiable. Pero sí es cierto que nosotros hemos bajado el nivel de la molestia soportable. Estamos intoxicando de comodidad a nuestros chicos y, entonces, ante cualquier dificultad o ante cualquier esfuerzo se nos vienen abajo porque son muy frágiles. Sí tendremos que educarlos en una cierta dureza, en una cierta capacidad de resistencia.

En este momento está absolutamente de moda en todos los ambientes pedagógicos el estudio de una característica que se llama «*la resiliencia*» —es una palabra horrible, «*las resiliias*»—, que es la capa-

cidad de aguantar un choque y reponerse con facilidad. Las personas que lo tienen no se van a romper con facilidad. Estamos viendo a ver cómo lo podemos enseñar a los niños, cómo podemos hacer niños que sean niños resistentes.

Tenemos también que darles recursos morales. Y hoy es una cosa interesante, porque se está estableciendo una especie de escepticismo, incubado por la intelectualidad y, si me apuran más, incubado por la filosofía, un cierto escepticismo acerca de la posibilidad de que nos pongamos de acuerdo en valores éticos. A mí eso me parece una falacia hecha por personas que están muy seguras en su puesto y que cobran un sueldo del Estado, y de la Seguridad Social si me apuran, porque cuando yo veo por ejemplo la diferencia que hay entre hablar de derechos humanos en España y hablar en países de Hispanoamérica, es abismal. Aquí parece que... «¿otra vez me va a contar el rollo ese?». Cuando se va a países que no tienen derechos reconocidos o defendidos, escuchan cualquier cosa que tenga que ver con los derechos como si fuera literalmente la salvación. Y lo que hay que hacer es, cuando estamos hablando de estos temas, recuperar un poco de dramatismo.

A mí me gusta contar a mis alumnos una cosa que narraba Heródoto, que decía que cuando moría el rey de Persia se suspendían todas las leyes durante cinco días. Bueno, esos cinco días debían ser de horror porque, claro, no había leyes y todo el mundo podía ajustar las cuentas que tenía pendientes durante muchos años. ¿Por qué hacían una cosa tan brutal? Para que las personas se dieran cuenta de hasta qué punto la ley era necesaria y que cuando viniera el nuevo gobernante se le recibiera como diciendo «es el que tiene que mantener la ley». En una sociedad democrática como la nuestra nuestros alumnos empiezan a pensar que eso de la ética es una especie de manía que tenemos los mayores, pero que no hace falta y no hay que tomárselo en serio. Y hay que volver a decir: Mirad, es que hay dos formas de vivir: o vivimos en la selva o vivimos en el orden de la ética. En la selva se caracteriza porque entran en juego las fuerzas reales y por lo tanto el pez grande se come al chico, y es lo que debe hacer, y el animal fuerte al débil, y el animal joven al viejo. Es la ley de la selva.

Nosotros estamos intentando vivir de otra manera distinta, de otra manera que no se rija por fuerzas reales sino por fuerzas simbólicas. Cuando yo digo que voy a poder mantener mi casa aunque mi vecino sea más fuerte que yo, me siento protegido por alguna fuerza. Puedo decir «es la fuerza del derecho». Sí, pero, ¿eso qué significa? ¿Por qué el derecho es una fuerza? Porque el derecho es un compromiso que tenemos to-

dos y por lo tanto es una gigantesca construcción de la inteligencia práctica. ¿Maravillosa? Sí. ¿Precaria? También. Y lo que tenemos que decir a nuestros alumnos para que sientan comprometidos con lo que estamos haciendo es, precisamente, que todo eso que parece que es ya trivial de puro conocido, o que es innecesario, es lo que está permitiéndonos construir un modo de vida, que es un modo de vida muy noble, muy difícil y muy precario, y que cuando tenemos que introducir esto en la educación es porque necesitamos que ellos se comprometan con este proyecto.

El proyecto ético es un proyecto que entra de vez en cuando en gigantescos colapsos, es decir, que de repente se colapsa todo el sistema, como pasó en la Alemania nazi a mediados del siglo pasado. Pero, si era la nación más sabia, técnicamente más avanzada, más refinada, más estética, ¿qué les pasó? Pues les pasó que colapsó todo su sistema ético. Y que cuando estamos hablando de la necesidad de educación para que se eleve la inteligencia en la sociedad, estamos diciendo que necesitamos personas que tengan estas características, que sepan exactamente en qué estamos metidos, y por eso es por lo que tenemos que cuidar la educación.

Hábitos intelectuales, hábitos afectivos, hábitos morales. Fijaros que he dicho hábitos. Y, efectivamente, en esta parte, la parte central de la educación, que es la formación del carácter, de lo que se trata es de fomentar o ayudar para que los adquieran hábitos. Los hábitos son estructuras psicológicas muy interesantes porque nos permiten muchas cosas, se aprenden por repetición y simplifican el comportamiento porque en parte lo automatizan, y por otra parte despiertan también deseos de hacer cosas. De manera que cuando un niño adquiere el hábito de aprender no es sólo que va a aprender con más facilidad, es que le va a gustar aprender. Y lo que estamos haciendo cuando educamos el carácter de un niño es seleccionar.

Pero, ¿qué tipo de hábitos son los que formarían un buen carácter? Por cierto, toda la ética de Aristóteles lo que intenta es educar el buen carácter. ¿Para qué? Para la felicidad. De manera que se lo estaba ya tomando muy en serio. Y lo que debemos hacer por lo tanto es decir: ¿Y cuáles son estos hábitos fundamentales que el niño debe adquirir para que le dejemos en buena forma? Pues, es que no son muchos, más bien son muy poquitos.

El primero, que es posible que les vaya a extrañar, es que el niño tiene que tener una buena representación de la realidad. Cuando el niño nace, nace sabiendo ya ciertas cosas, es cierto, pero tiene que rehacer su propia imagen del mundo a través de la experiencia que va

teniendo. Tengan ustedes en cuenta que nosotros vivimos en la misma realidad. En este momento es esta biblioteca, pero cada uno nos hemos traído nuestro propio mundo y por eso cada uno de ustedes está oyéndome de una manera, interpretándome de una manera y pensando en sus cosas. ¿Por qué? Porque su mundo, nuestro mundo viene con nosotros, el mundo de nuestras preferencias, de nuestras preocupaciones, de nuestra situación real. El niño está aprendiendo eso y conviene facilitar que tenga, por ejemplo, una representación del mundo donde no se hayan metido creencias que le vayan a distorsionar la realidad. Y no me estoy refiriendo a las religiosas. Me estoy refiriendo, por ejemplo, a las creencias que van a hacer de él un niño seguro o un niño inseguro, un niño optimista o un niño pesimista.

Fijense, los estudios que tenemos y son estudios muy serios, uno de los elementos que influye más en el resultado escolar de los niños, sobre todo en la última etapa de Primaria y en la primera de Secundaria, son las creencias que tienen acerca de lo que es la inteligencia. Si la creencia que tienen acerca de lo que es la inteligencia es «*la inteligencia es algo con que se nace*», tienen muchísimo menos rendimiento que si su creencia básica es «*la inteligencia es algo que se aprende y que por lo tanto se puede mejorar*». Es decir, son creencias básicas que muchas veces no las hemos expresado, pero que están actuando en todo nuestro metabolismo interior. Les voy a poner un caso que es de libro y además fue cuando se empezó a estudiar esto muy en serio.

Una de las grandes figuras de la psicología americana es Aaron Beck, que es el inventor de una de las terapias que realmente funcionan en la depresión, la «*terapia racional emotiva*», y a él le extrañó que venían a su consulta muchas mujeres con un problema muy parecido: habían sufrido un fracaso familiar en el que habían sido víctimas y venían con depresiones muy profundas, agravadas por un complejo, por un sentimiento de culpabilidad. Y entonces a él le extrañaba mucho eso y decía: «Pero, vamos a ver, si han sido víctimas ¿cómo se van a sentir culpables?». Entonces, profundizando sobre eso se dio cuenta que todas ellas tenían, sin formulárselo, una creencia básica, que se podía enunciar así: «*Quien da amor recibe amor*», por ejemplo, o «*si eres suficientemente lista, buena, cariñosa, tal... tal... tal... te querrán*». Con esa creencia digamos anónima, que funcionaba como primera premisa de un razonamiento, lo que recibían era «pues no te quiero», la conclusión era: has hecho algo mal.

Por ejemplo, en este momento muchísimas de las madres españolas están culpabilizadas absolutamente sin ningún fundamento, si tra-

bajan, de cualquier cosa que les pase a sus hijos, de manera que si a los 38 años han tenido una gripe, «algo hice yo mal con este niño, no le debí leer el cuento adecuado en su momento...». Sí, sí, están teniendo unas creencias que las están culpabilizando, y que no tienen ni pies ni cabeza y que hay que intentar quitárselas. El niño conviene que esto lo tenga... que las creencias que va a tener sobre el mundo sean por ejemplo optimistas, sean ricas, sean flexibles, le vayan a anima y no a disuadirle a actuar.

En segundo lugar, debe aprender un tono vital y un estilo afectivo animoso, activo. Las personalidades son activas o reactivas y cuando una persona no se enfrenta a las cosas empiezan a aparecer muchos problemas. Tenemos que enseñar a los niños para que se enfrenten a las cosas. Tenemos que decir que uno de los grandes derechos del niño es: Todo niño, y por supuesto todo adulto, debería tener alguna vez en su vida la experiencia de haber triunfado en algo, porque cuando alguien tiene la experiencia de haber triunfado en algo, bueno, ése es un anzuelo para arrastrarle a que lo intente otra vez, absolutamente fastuoso. En cambio, cuando los niños sienten que no han hecho nada bien o que no son capaces de nada, bueno, sacan sus conclusiones, porque son muy listos, y empiezan a replegarse. Una de las grandes tareas que tenemos los docentes y los padres es: tenemos que organizar las metas de los niños para que todos sientan en algún momento «yo he sido capaz», porque es ese «yo he sido capaz» el que le va a dar una especie de seguridad básica, porque eso es lo importante. Y eso lo necesitamos todos.

En tercer lugar, necesitamos desarrollar las habilidades cognitivas. En la Universidad de Padres, a partir de los cinco años hay una clase de Filosofía para Niños. En Francia se ha programado sistemáticamente el hacer, a partir de los 5/ 6 años, unas pequeñas clases de filosofía, que no es nada más que ver cómo el niño razona. A los niños les encanta razonar, les encanta razonar. El niño sabe pensar, se acostumbra a reflexionar sobre el modo como piensa. Y eso no es nada sofisticado. Al niño le encanta hacerlo.

Ya tenemos una buena representación del mundo, un buen estilo afectivo, animoso, activo, valiente; después, unas habilidades de pensamiento desarrolladas, que eso es bastante fácil de hacer. En cuarto lugar, el aprendizaje de la libertad. El niño tiene que aprender a ser libre, que ya les he explicado en parte por dónde va, tiene que empezar a construir su libertad, tiene que empezar a aprender la responsabilidad. Pero es que sabemos en qué momento tiene que aprender la responsa-

bilidad: tiene que empezar entre los 4 y 5 años con pequeñas tareas caseras, tiene que seguir en la escuela y tiene que ser capaz de prever las consecuencias y saber que cada uno tenemos cosas a nuestro cargo.

El siguiente recurso. Uno es el aprendizaje de la libertad, el otro es el aprendizaje de la dignidad. Y en el aprendizaje de la dignidad es que nosotros tenemos una libertad que intenta, como gran proyecto nuestro, pasar de ser animales listos, que es lo que somos, y por lo tanto ambigüos y crueles, a ser personas dignas, que es nuestro gran proyecto, y como es nuestro gran proyecto hay que aprenderlo y hay que saber en qué estamos metidos. Y ésa es clarísimamente la educación en valores y la educación en la justicia.

Un último gran hábito es el de hacer proyectos y resolverlos. Es decir, somos seres que debemos hacer nuestros proyectos vitales, que es anticipar las cosas y ponerlas en práctica, y ésas son ya las virtudes de la acción. Cómo no va a ser bueno que el niño aprenda la tenacidad, el no disuadirse de la acción antes de tiempo!! Cómo no va a saber también que tiene que ser crítico respecto de las propuestas, pero que tiene ser inventivo!! Porque una de las cosas que hace la inteligencia es encontrar salida cuando todo parece indicar que no existe.

Son seis recursos que sabemos cómo educarlas y que sabemos sobre todo en qué momento podemos educarlas. Por eso es por lo que estoy tan orgulloso del plan que hemos hecho para la Universidad de Padres —por cierto, donde pueden informarse es en una página web que es [www.universidaddepadres.es](http://www.universidaddepadres.es)—, porque estamos asistiendo a un espectáculo maravilloso que es un niño que crece. Eso es maravilloso. Por eso tenemos que recuperar el discurso optimista en educación, porque nos estamos perdiendo la gran maravilla que es un niño que pasa de la biología a la dignidad, a la inteligencia, a la creatividad. Eso es fascinante.

¿Por qué creo que esta educación puede tener éxito? Todo lo que hacemos lo hacemos por algo que es un proyecto inevitable y vago que tenemos todos, que es que queremos ser felices. Bueno, yo creo que la felicidad es un concepto esencial de cualquier proyecto pedagógico, y por eso ahora durante 15 segundos les voy a tomar como alumnos en estricto sentido. Lo que voy a decir ahora, la definición de felicidad, va a ir a examen, de manera que fíjense bien.

La felicidad es la armoniosa satisfacción de nuestras tres grandes necesidades. Las tiene el niño, las tiene el adolescente, las tiene el adulto, las tiene el anciano. Y ya sé que dirán: «¿Tres? Yo tengo tres-

cientas y si voy a un gran almacén, quinientas». Pero se pueden organizar en tres grupos.

El primer deseo: que necesitamos pasarlo bien, necesitamos disfrutar, es nuestra necesidad hedónica, necesitamos algún tipo de placer. Hombre, hasta el piadoso santo Tomás de Aquino decía «*el hombre no puede vivir sin algún placer*». Bueno, si ya lo decía santo Tomás de Aquino, seguro que es verdad. Pero es sólo una parte de la felicidad. Cuando lanzamos a nuestros alumnos, porque nosotros, los adultos, tenemos una visión muy mezquina de nosotros mismos —no somos tan miserables como nosotros creemos que somos—, les estamos lanzando a los niños la idea de que esto es lo importante: la única forma que hay de la felicidad es la comodidad. Los intoxicamos de comodidad y, por lo tanto, eso no les satisface, pero les castramos para que hagan otra cosa, con lo cual les estamos haciendo un triste favor porque tienen otras dos necesidades.

La segunda: la necesidad de tener vinculaciones afectivas, vinculaciones sociales, relaciones amorosas, relaciones de amistad, relaciones de sociabilidad. ¿Por qué? Pues porque somos seres sociales. En la última encuesta sobre valores, la familia aparece como el bien indiscutible. Claro que sí, la relación afectiva. Bueno, le decía que era la armoniosa satisfacción. ¿Por qué armoniosa? Porque entran de alguna forma en conflicto. «Hombre, yo no puedo cuidar mucho mis relaciones afectivas si tengo por encima de todo mi placer y mi comodidad. Tendré que suprimir algo, tendré que sacrificar algo de mi comodidad para mantener vivas unas relaciones afectivas. Pero ganaré algo, ganaré un tipo de satisfacción digamos más completa».

Eso que dicen mis alumnos: «Hombre, encontrarte bien con una persona significa que nunca tienes que hacer nada que te cueste trabajo». ¡Tú estás en la luna, majo! No, no, clarísimamente tendrás que hacer algo. Lo que pasa es que te valdrá la pena, pero tendrás que hacerlo. Hombre, pero igual que para jugar bien al baloncesto tendrás que entrenarte, que es un latazo, pero, si no, no juegas bien al baloncesto.

¿Con eso ya tenemos? No, nos falta otra cosa. ¿Cuál es el otro gran deseo? Pues, que necesitamos hacer algo que valga la pena. Necesitamos crear algo valioso, necesitamos sentir que no somos insignificantes, que damos significado a las cosas, necesitamos sentir que progresamos. ¿En qué? Da igual. Sentir que progresamos. Necesitamos sentir que creamos. Crear no es hacer una obra de arte, crear es hacer que algo valioso que no existía exista por mí. ¿El qué? Lo que sea, un

hijo, una buena clase, un geranio, una berza, una buena conversación, un gran amor... ¿Eso es valioso? Sí. ¿Por quién existe? Por mí. Eso es lo que queremos sentir. Y eso no me lo invento yo, eso nos lo está diciendo el niño.

Cuando el niño nace lo que necesita es, sin duda alguna, la comida, estar bien calentito, bien alimentado, bien acariciado. Necesita también la vinculación social, necesita estar amparado por una urdimbre cariñosa, necesita tener presente cerca alguien que le acaricie.

El doctor Spעד hizo un descubrimiento que a mí me conmueve mucho. Descubrió que en los orfanatos había una dermatitis en los niños que no respondía a nada, no respondía a ningún tratamiento, y por fin descubrió que era una dermatitis por falta de caricias. Es decir, es como si la piel del niño está preparada para recibir caricias, y si no las recibía —y en los orfanatos no las recibían— responde como puede responder la piel: respondía con una dermatitis, respondía con una protesta. Los niños y los adultos necesitamos también esa vinculación social. Pero el niño a los 2/3 años dice una frase que nos retrata de tal manera como especie que no debíamos olvidar que tenemos necesidad de decirla siempre, por muchos años que tengamos.

El niño dice: «Mamá, mira lo que hago». ¿Qué ha pedido el niño? El niño lo que pedido no es un bombón, no es un caramelo, ha dicho: «Estoy progresando y quiero que me lo reconozcas». Y eso lo necesitamos todos. Todos necesitamos sentir que progresamos en algo porque estamos hechos para eso, y cuando una persona se empantana siente una angustia muy tremenda. Y si había tantas personas —se hablaba de la neurosis del ama de casa— es porque en el trabajo del ama de casa... No hay progreso y no hay reconocimiento. Pues, pasaporte al manicomio. Necesitamos sentir que progresamos porque estamos llamados a una vida cómoda y también a una vida noble, y así es nuestra índole vital. Y eso es lo que tenemos que decir a los niños. Y los niños lo entienden, los niños entienden cuando les explicamos la nobleza de la vida, cuando les explicamos el sentimiento de progreso, cuando les explicamos hasta qué punto la generosidad es una gran creación. No somos tan miserables. Y ése es yo creo el modelo que tenemos que dar a nuestros niños.

Siempre que hablo sobre temas educativos acabo contando dos historias que alguno de ustedes a lo mejor me las habrá oído contar.

La primera la sitúo en Toledo, porque soy de Toledo, mientras se estaba construyendo la catedral. Entonces, un antepasado mío que te-

nía esa pasión tan nuestra de que no hay nada que nos divierta tanto como ver trabajar a otros, estaba viendo cómo se construía la catedral. Llega al sitio donde están los canteros con el mazo y el cincel, se acerca al primer cantero y le pregunta: «Oiga, ¿usted qué está haciendo?». Y el cantero, que debía tener un mal día, le dice: «Aquí, con esta puñetera piedra. ¡Vaya un trabajo más asqueroso con el calor que hace! El capataz es un cabrón y los días no se acaban nunca, y el agua está caliente» Va al segundo cantero y le pregunta: «Oiga, ¿usted qué hace?». Dice: «Lo que me han mandado. Me han mandado que haga un cubo de piedra para un muro que estamos haciendo ahí». ¡Ah! Bueno... Va al tercero, que estaba haciendo lo mismo, y le pregunta: «Oiga, ¿y usted que hace?». Y el tercero le contesta muy entusiasmado: «Pues, ¿no lo ve? ¡Construyendo una catedral!

Los tres estaban haciendo lo mismo, que era una cosa muy pequeña: desbastar una piedra. ¿En qué cambiaban? En el significado que estaban dando a lo que estaban haciendo. Cuando los padres o los docentes nos encontramos con problemas sociales que nos desbordan todos, decimos: ¿Y qué vamos a hacer, si yo soy una partícula tan pequeña en esto? No. Yo creo que necesitamos colaborar... Precisamente por esa necesidad que tenemos todos de hacer o de colaborar en algo grande, debemos recuperar el sentido de lo que hacemos. «Mira, estamos haciendo una catedral». Y eso, ¿qué es? Vamos a ver si conseguimos humanizar el mundo, vamos a ver si conseguimos atenderlos, vamos a ver si conseguimos elevar la inteligencia de la sociedad, vivir en una sociedad inteligente capaz de enfrentarse con garbo con los problemas.

Y cuando hablamos de la educación es porque es la manera que tenemos de acelerar este proyecto. Estamos intentando dignificarnos como especie. Somos seres, somos animales listos y malos, pero con una inteligencia que sueña con cosas grandes, que sueña con cosas magníficas.

Y la segunda historia es que hace un par de años tuve que hacer el prólogo para las obras de un escritor que tuvo mala suerte porque le tocó la guerra, estuvo exiliado... Un gran escritor, Max Aub. Y a mí me emocionó la frase que él había escrito como epitafio para su tumba. Yo me la repito mucho, no porque tenga ningún interés en mi epitafio sino porque me parece una frase de una nobleza, de una humildad, de una serenidad y de una verdad asombrosa. Lo que él quería que pusieran en su tumba es: «*Hice lo que pude*».

Esta frase me parece el colmo de la sabiduría. Miren ustedes: ¿La educación? Fatal. ¿El mundo? Fatal. ¿Los políticos? Ni te hablo. ¿La

economía? ¡Bueno...! ¿Los economistas? Vamos a dejar ya de quejarnos. Yo estoy absolutamente seguro que si durante un espacio de tiempo, que a lo mejor no es muy largo, todos pudiéramos irnos a dormir pudiéndonos decir verdaderamente «he hecho lo que pude», la capacidad creadora de la inteligencia y de la inteligencia social puede ser tan pasmosa, es tan pasmosa que estoy seguro que podríamos dar la vuelta a este triste mundo y convertirlo en un lugar que merecía la pena de ser habitado.